



**JOAQUÍN  
CAMPS**

**LA  
OSCURIDAD  
QUE HABITA  
EN MÍ**

Joaquín Camps



La oscuridad  
que habita en mí

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Joaquín Camps Torres, 2024  
Autor representado por IMC, Agencia Literaria, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorialplaneta.es](http://www.editorialplaneta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: junio de 2024  
Depósito legal: B. 8.697-2024  
ISBN: 978-84-08-28905-0  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex  
Printed in Spain - Impreso en España



*Abril, 2012. Diez años antes de la desaparición de María*

—*Good morning, honey bunny.*

Me da un suave beso en los labios y con el mando a distancia sube las persianas eléctricas. El sol poco a poco se despereza sobre mi cara, espabilándome.

—Buenos días tenga usted. —Sabe que no quiero hablar en inglés, pero cada mañana, en cuanto nos despertamos, me pone a prueba con una frase cariñosa—. ¿Nunca te cansas de intentarlo? Después de un año juntos, ¿aún no sabes lo cabezota que soy?

Me sonrío. Si es más guapo se rompe. ¡¿Cómo puede despertarse siempre radiante mientras yo parezco el hueso de un melocotón hasta que no me lavo la cara con agua fría?! Acurruco mis párpados legañosos ante tanta belleza. Y aparto la mirada, cegada. Pero mis ojos-pipa se topan a través del ventanal con la fachada de la Casa Batlló: más belleza aún. Menudo subidón de azúcar de buena mañana.

—Cariño, esto sí que es empezar el día con alegría.

Siguiendo la dirección de su sonrisa me observo el pecho: anoche me acosté con un *coulotte* de encaje supersexy y una camiseta de tirantes monísima, la perfecta diosa de mi dios Apolo..., ¡¿y hoy amanezco con una teta fuera?!

Mi yo-diva está indignadísima y, mientras se hace el

harakiri, jura y perjura que jamás se volverá a meter en la cama con una camiseta de tirantes. Mi yo-sensato argumenta que esa prenda es comodísima para dormir, aunque siempre acabe saliéndosete un pecho. Mi chico, mientras tanto, a lo suyo: se arrima insinuante, me besa y, poco a poco, va descendiendo hasta llegar a su objetivo.

—Richard, para. Para, por favor..., no me apetece, Richard.

Sí, mi novio se llama Richard; ni Rich, ni Richie, ni Rick, ni Ricky, ni Dick, ni Dickie..., él se llama Richard, así, al completo, porque él, si va, va con todo, que para algo nació en el Upper East Side.

—¿No te apetece? Pues por aquí parece que opinan otra cosa...

Y dale que te pego, chupa que te chupa; los hombres y sus juguetitos.

—Mi pezón no toma las decisiones, eso es cosa mía.

—Tú déjame a mí..., él también tiene derecho a opinar.

—En la orla de licenciatura que ves colgada en esa pared, ¿aparece su fotografía o la mía? Pues ale, campeón, saca conclusiones.

—Qué chistosa eres..., es lo que más me gusta de ti.

—No me apetece. El endurecimiento de ese pezón es un automatismo fisiológico. Para, por favor.

—Déjate llevar...

—Que no.

—Que sí.

Y venga chupichupi.

—Para.

—No quiero.

—Que pares.

—Me encanta tu sabor. —*El cocherito, leré...*—. Ya te empieza a gustar, ¿verdad? Va, no seas frígida.

Voy a responderle una bordería, pero las últimas cuatro palabras de Richard han resonado en mi interior, en mi puro núcleo. En el centro de la imagen que toda mujer tiene de sí misma. Humillándome, volviéndome dócil: pondré un poco de mi parte, idiota de mí.

Cierro los ojos, intento concentrarme, a ver si se me despierta algo. La libido es un animal caprichoso. Pero lo veo difícil, yo nunca he sido muy de pezones. Me muerdes el lóbulo de la oreja y puedes hacer de mí lo que quieras, pero lo de los pezones me da un poquito de grima. Y Richard lo sabe, pero cuando la sangre se le va de la cabeza para rellenar otra parte de su anatomía, pierde la memoria.

«Cameron, ¿se puede saber qué demonios estás haciendo? Deja de engañarte y de engañarle».

Con los ojos cerrados la voz de mi yo-sensato ha sonado como un martillo pilón. ¿O era mi yo-diva? Desde hace un par de semanas la cabeza me echa humo. Sé que lo que voy a decir sonará anticuado, rancio, y muy muy raro. Sobre todo teniendo en cuenta que lo va a decir una chica de veintiún años, recién licenciada en Literatura Española por la Universidad de Nueva York, que se considera moderna, de mente abierta y con una visión bastante sarcástica de la vida. Repito, sé que, teniendo en cuenta todo eso, lo que voy a decir sonará viejuno y raro, pero lo voy a decir igualmente: soy virgen. ¡Sí, soy virgen, ya está dicho! Además, quiero seguir siéndolo hasta que me enamore de un hombre. Y no sé si el propietario de la lengua que sigue empeñada en desenroscarme el pezón es ese hombre.

—¿A que ya te va apeteciendo?

No. No me va apeteciendo. Ahora tan solo tengo ganas de llorar. Menos mal que mis ojos están cerrados y Richard no puede verlos rebosantes de lágrimas que me niego a dejar salir, porque no estoy preparada para dar explicacio-

nes. Ojalá estuviese aquí papá, para poder hablarlo con él. O sea, no me refiero a aquí, ahora, en esta habitación..., sería algo incómodo con Richard amorrado a mi teta. Me refiero a que ojalá papá estuviese vivo.

—Mira cómo me has puesto. —Retira la sábana.

Madre mía, ¿todo eso lo he causado yo?

—Si ese bulto es un tumor, creo que hay que irse pitando al hospital. Parece grave.

—Qué graciosa es mi chica...

—Tápate.

—De eso nada.

Sin hacerme ni caso, baja la cabeza hasta mis muslos y, mientras me los besa, arrastra con habilidad el *coulotte* piernas abajo.

—No, Richard, por favor..., no.

Yo sigo añorando a mi padre, y vuelvo a cerrar los ojos para intentar que su imagen no se ensucie con la de mi novio quitándome las bragas. ¿Por qué te fuiste tan pronto? Te necesito tanto...

Papá heredó una tintorería del abuelo en la pequeña ciudad donde nací, cerca de Boston. Le gustaba ayudar a sus vecinos, gracias a eso el negocio prosperó. Era un hombre bueno. Desde que murió hace tres años echo mucho de menos nuestras conversaciones, su sensatez, la sonrisa cálida y acogedora con la que siempre me recibía. Cuando le detectaron el cáncer, puso en venta las cuatro tiendas a cambio de una cantidad indecente de dólares. La mitad se la guardó, para que mi madre la heredara a su muerte. La otra mitad me la dio a mí. No soy rica, pero gracias a él, el resto de mi vida no tendré que preocuparme por el dinero.

—Este olor me vuelve loco...

Sí, claro, este olor te vuelve loco, pero luego te pasas el día burlándote de los españoles porque dices que le echan ajo a todo.

Papá era un hombre juicioso y bueno que conocía bien a su esposa. La quería con locura. Mamá es muy diferente. A los seis meses de enviudar se largó a California con un nuevo novio, de profesión tatuador, con el que ya no está. Pero sigue viviendo en Santa Mónica. Ella nunca soportó ser la esposa del dueño de una tintorería en una pequeña ciudad húmeda, fría y provinciana del este. Yo la quiero, ella me quiere, pero con la charla telefónica mensual que mantenemos, a las dos nos basta.

—¡He dicho que no me apetece! ¡Para ya, joder!

Me lo quito de entre las piernas con algo que se parece a una patada más de lo que me gustaría. Enfadada, salgo de la cama y atravieso el dormitorio hasta el baño. Cierro por dentro. Me miro en el espejo. Dios mío, menudo nido de águilas llevo en la cabeza recién levantada. Me arreglo el pelo con las manos, al desgaire.

—Como mi vida, al desgaire...

Me apetecía utilizar la expresión en voz alta, para no olvidarla. La aprendí anoche leyendo uno de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós. No es fácil dominar un idioma, cada día trabajo duro para aprender el español más culto, pero también el coloquial y dicharachero, ese que a veces no aparece en los diccionarios. *Gaznápiro*, *racheta*. *Zonzo*, *nextazo*. *Bahorrina*, *chusta*. Lo más difícil son los dichos y frases hechas, pero... «Sarna con gusto no pica»: me encantan las palabras. Las adoro. Si las observas muy de cerca, son en sí mismas obras de arte. ¿Soy la única que siente que la palabra «libélula» tiene más colores que las propias libélulas? ¿O que los fonemas de «acueducto» están tan bien equilibrados como los arcos de la mismísima construcción? Descubrir nuevas palabras me llena de paz, porque al ponerle nombre, el universo me parece un lugar menos hostil.

Me lavo la cara con agua fresca. Vuelvo a observarme

en el espejo: ojalá mi yo-sensato de 2012 le pudiese decir a mi yo-diva de 2011 que no se corte el flequillo, no crece tan rápido como dicen. Pero a pesar de eso me gusto, me gusto mucho. ¿Ser buena te hace estar buena? Si es así, voy para santa. Bueno, más bien para Virgen María. Vine a Barcelona para cumplir mis sueños, para sentirme libre. ¿Lo he logrado? No, la respuesta es no... Pero me consuelo: nadie es libre. Dependes del oxígeno, de los nutrientes, del sol, del amor de otra persona, del dinero en la cuenta del banco. Dependemos de mil cosas. La única libertad que tenemos es la de elegir a qué nos encadenamos. Y algunas mujeres, por desgracia, solemos priorizar en esa elección algo muy autodestructivo: sentirnos de-seadas.



—Perdona por la patada.

—Casi me rompes la nariz.

Mister Cohen nos mira.

—Lo siento.

Es mi gato. Lo recogí en un callejón el día que llegué a Barcelona. Era tan solo una pelusita recién nacida delicada como un suspiro que palpitaba vida. Ahora parece un minitigre. Me gusta pensar que los dos inauguramos la ciudad a la vez.

—No, el que lo siente soy yo..., he sido demasiado insistente. Perdóname.

Richard está de pie frente a mí, viene de la ducha. El pelo mojado y revuelto le sienta fenomenal. Es invierno, pero hace un sol espléndido, solo lleva una toalla blanca anudada a su cintura de atleta. Parece un hombre de los que salen en los anuncios de perfumes. Como a esos tipos no se les ve por la calle, las mujeres de este mundo pien-

san que semejantes especímenes en realidad no existen, creen que están diseñados por ordenador, pero yo sé que sí existen. Tengo uno aquí, frente a mí, mientras unto mi tostada con mantequilla sentada en la terraza de nuestro ático en el paseo de Gracia, frente a la Casa Batlló. De hecho, todo esto parece el decorado de un anuncio de perfumes, y yo estoy pensando en expulsar de mi vida al protagonista. ¿Estoy loca?

—Tenemos que hablar.

No me ha sonado a «Tenemos que hablar sobre el finde, me apetece ir a Cadaqués».

—Sí, claro..., pero no pongas esa cara tan seria. Siéntate, mientras te duchabas he exprimido zumo.

Le sirvo una naranjada. Siento miedo. Soy una *evitadora del conflicto*, y como esta conversación me asusta, inconscientemente he forzado las cosas hasta que sea él quien explote y me la pida. Papá no se sentiría orgulloso de mí. Esa idea me entristece.

—Cam, ¿se puede saber qué hacemos aquí?

—No te entiendo.

—Creo que sí me entiendes. —Sigue serio, y yo no quiero que esté serio, me parece un extraño, porque con él todo son risas, siempre; de hecho, lo mejor de Richard es su perpetuo buen humor, pero paradójicamente, eso es también lo peor: su frivolidad perenne me acaba haciendo sentir que vivo en un chiste—. Llevamos aquí tres meses, sin hacer nada.

—Tú no haces nada. Yo no paro.

—Lo que haces es perder el tiempo.

—¿Eso es lo que piensas?

—Sí, eso es lo que pienso... Por el amor de Dios, ¿podemos tener esta conversación en nuestro idioma?

—No, no podemos. Porque hicimos un pacto, y quiero que lo cumplas. —Me voy indignando por segundos—.

Una de las cosas que hago aquí, y tú no valoras, es trabajar cada día muy duro para mejorar mi español. Sabes que el sueño de mi vida es escribir una novela en castellano, para eso vinimos, por eso te pedí ayuda.

—Pero...

—Las dos chicas que pagaba tu padre para que te criaran mientras tu madre jugaba al golf eran mexicanas, para ti hablar español no supone ningún esfuerzo, pero incluso ese mínimo trastorno en tu vida lo consideras inasumible. Eres un egoísta. Eres incapaz de salir de tu zona de confort.

—Quizás sería más fácil salir de la zona de confort si la llamasen zona de mierda.

No me río. No voy a caer en la trampa que siempre me tiende, que siempre se tiende: el humor como coraza. Da un trago a su zumo. Le miro fijamente a los ojos. En ellos veo joyas, perfumes caros, mansiones de ensueño. Zapatos y bolsos. Muchos zapatos y bolsos. Pero también veo una vida de soledad frente al televisor.

—Quiero que regresemos a Estados Unidos.

—Yo no.

La vida con la pareja equivocada puede ser tanto o más solitaria que la vida de soltera: estás con alguien, pero no tienes compañía; ni perspectiva de tenerla, porque estás con alguien. Es la falta de expectativas lo que te destroza, esa es la verdadera soledad.

—Escribe en Nueva York tu novela. Te pagaré profesores de español nativos diez horas al día.

—¡No es solo el idioma, es la experiencia! Encajo tan bien aquí, me siento tan a gusto en esta ciudad... Además, ¡no quiero que me pagues nada! Has sonado machista, rancio. Por no mencionar que el que me estaría pagando las clases de español no serías tú, sino tu padre.

—Deja de restregarme por la cara que vivo a costa de

mi familia. Sí, somos ricos, ¿qué pasa?! ¿Debo avergonzarme por ello?! Tú tampoco trabajas y vives de la herencia.

—Yo sí trabajo. Que no cobre por ello no tiene nada que ver.

—¿Te refieres a las fotos que te pasas el día haciendo con el iPhone y luego subes a Internet? —Dibuja ese rictus burlón que sabe que no soporto, lleno de arrogancia y superioridad moral—. No me hagas reír.

—Ese es el problema, que te ríes de todo. Te lo he dicho antes: no crees en mí. Sí, vivo del dinero de mi padre, pero la diferencia contigo es que yo tengo proyectos, tengo sueños.

Va a interrumpirme, pero le acallo amenazándole con mi tostada, enérgica.

—Instagram aún es pequeño, mucha gente no lo conoce, pero te aseguro que va a dar mucho que hablar. Ya han anunciado que dentro de poco estará disponible en Android, y mi cuenta no hace más que crecer y crecer, cada día que pasa tengo más seguidoras. ¿Y sabes cómo lo consigo? Trabajando. Sí, aunque no lo creas y te rías de mí, lo consigo trabajando. —Noto cómo mi vehemencia le intimida—. A las americanas les encantan mis estilismos y las fotos que hago desde Barcelona, les chifla soñar con vivir algún día su aventura europea, llena de glamour, sofisticación y fantasía. ¡Yo les doy todo eso, aunque sea ficticio, y me siento muy orgullosa de ayudarlas a soñar! Soy útil, un apoyo para que sobrelleven su día a día, pero además de útil, algún día tendré millones de seguidoras, y te aseguro que las marcas me pagarán por promocionar sus productos. Ese es el futuro, aunque tú seas incapaz de verlo. En Nueva York hay mil chicas intentando lo que yo estoy intentando, pero ninguna tiene a su alcance *esto*. —Abro los brazos abarcando la ciudad entera—. El sueño europeo.

Se toma unos segundos antes de replicarme:

—Ya veo... —Sigue muy serio—. Me acusas de inmaduro, pero a la que estoy escuchando es a una cría. ¿Crees que cuando tengamos hijos podrás dedicarte a pasear por Barcelona haciéndote fotos con trapitos bien combinados?

—¿Hijos?! —¿Del susto he sufrido una pérdida de orina?—. ¿No vas un poco deprisa?

—No, Cam. Yo sé lo que quiero, tú no. Y lo que quiero es tener hijos contigo, en Nueva York. Porque en Nueva York hay una vida esperándonos, con nuestros amigos, nuestro idioma, nuestros sándwiches de pastrami, nuestros viernes por la noche en Broadway, nuestros fines de semana en los Hamptons..., y sí, con mi dinero, ¿es un pecado?! ¡Mi padre me ha regalado un ático el doble de grande que este frente a Central Park y aún no he podido ir a verlo porque estoy aquí perdiendo el tiempo! ¡Y me lo ha regalado porque quiere que su hijo viva en Nueva York, trabaje con él en Nueva York, se case en Nueva York y le dé nietos neoyorquinos!

Nunca le he visto tan enfadado. De repente una mezcla de lástima y culpabilidad que jamás antes había sentido me inunda por completo.

—Richard, no todo se puede comprar con dinero... —Alargo la mano a través de la mesa y tomo la suya—. Eso me lo enseñó papá, siempre me lo decía: no todo se puede comprar con dinero.

Ante mi ternura se le dulcifica el rostro.

—Debió de ser un buen hombre, me hubiese gustado conocerle. Ojalá el mío me hubiese dado de niño esa clase de consejos: no todo se puede comprar con dinero. —Entorna la mirada—. Supongo que es una de esas lecciones de vida con la que un padre debe sermonear a su hijo..., excepto si su hijo ha nacido de un vientre de alquiler.

Nos reímos. El ambiente se distiende gracias a la broma. Richard es un buen chico.

—Cameron, ¿por qué no quieres hacer el amor conmigo? —Su sonrisa triste se posa en la conversación como un nidito de gorriones en la rama de un cerezo.

—Para mí es algo muy importante..., quiero hacerlo con el hombre que...

—Di lo que tengas que decirme. Por favor, dilo sin más, prefiero la verdad.

Dudo, temo herirle. Pero al final me decido.

—Quiero hacerlo con el hombre del que esté segura que va a ser mi compañero de vida.

La sintaxis de lo que acabo de decir me resulta extraña, ortopédica. Quizás porque la sintaxis de mi amor por Richard también me resulta extraña, ortopédica.

—Entiendo..., y yo no soy ese hombre, ¿verdad?

—No lo sé, Richard. Aún no lo sé.

En sus ojos parecen temblar dos lágrimas. Nunca le he visto llorar. Ojalá se derramaran sobre su cara, y tras esas dos lágrimas vinieran muchas más. Pero eso no pasa: Richard se rehace. Así lo criaron. Le diría que nunca compartiré mi vida con un hombre al que no haya visto llorar, pero no se lo digo.

—Siento hacerte daño..., yo...

—No, Cam. No me pidas disculpas. Todo lo contrario, gracias por tu sinceridad. Pero ha llegado el momento de tomar decisiones.

Mi gato cruza la terraza. Camina misterioso, como si aún creyese habitar en el Antiguo Egipto. En secreto estoy convencida de que es la reencarnación de Leonard Cohen, el cantante preferido de papá. Sé que es una locura, pero esa fantasía me ahorra un dineral en psicoterapia. «Compórtate como quieras ser, y acabarás siendo como te comportas». Aleluya.

—¿A qué te refieres con... «tomar decisiones»?

—La semana que viene vuelvo a Nueva York. —Aprieta

mi mano, con suavidad, como si quisiera transmitirme un latido de amor—. Tú eres la mujer de mi vida, si te vienes conmigo dedicaré todos los días que nos quedan por delante a quererte. Pero si yo no soy el hombre de tu vida..., entonces no te vengas conmigo. Tu sitio está aquí, en Barcelona. La decisión es tuya.

Ahora soy yo la que tiene ganas de llorar. Me levanto para sentarme en su regazo. Le envuelvo el cuello con mis brazos. Me lo como a besos. Aspiro el aroma de su piel, recién lavada. Huele a gel de lujo, a hombre limpio con mucha clase, a loción para después del afeitado de marca cara.

—¿Qué es lo que noto en mi culo?

—Pues..., ya sabes..., que me alegro de verte.

Me guiña un ojo. Suelto una risa fresca y espontánea. Halagada.

—Te prometo que antes del domingo tomaré mi decisión..., pero hasta entonces quiero que seamos felices, que no pensemos en todo esto, que nos disfrutemos el uno al otro sea lo que sea que vaya a pasar con nuestro futuro. —Le vuelvo a besar, consciente de mi absoluta incoherencia, pero sin poder evitarla; es un beso largo, húmedo, turgente, como mi susurro en su oído—: ¿Qué te parece si esta noche me pongo ese picardías que tanto te gusta y con voz sensual te pido jugar a los médicos..., para que me auscultes... y averigües de dónde viene tanta fiebre..., pero sin meterme el termómetro?

—Pues me parece que te tendré esperando diez meses. —Ahora es él quien abre los brazos para abarcar la ciudad, teatral—. Es la lista de espera habitual en la Seguridad Social de este maravilloso país que tanto adoras.

De nuevo nos reímos. Juntos. Abrazados. Frente a la Casa Batlló y Barcelona entera.



¿Nunca os ha pasado estar horas buscando la pareja de un pendiente, renunciar, y que tiempo después aparezca por casualidad? Pues con la pareja de vida sucede lo mismo: todas las horas que pasamos buscando el amor son horas perdidas. Aparece cuando le da la gana.

Richard se ha ido al Belushi's, el típico bar para extranjeros cerca de Las Ramblas, donde siempre te puedes encontrar a dos chicarrones de Kansas con ganas de beber cerveza y ver fútbol americano en alguna de sus diez macro-pantallas. No me gusta ese lugar, allí me siento como supongo se siente un italiano en la imitación de Venecia que hay en un hotel de Las Vegas. Richard me ha preguntado si quería acompañarle, pero no: necesito pensar. Y cuando necesito pensar, ando. Camino por la ciudad, vago por ella sin rumbo. Paradójicamente, es como mejor ordeno las ideas. Mi novio, en cambio, lo tiene todo claro. La pelota está en mi tejado, sabe que a él solo le queda esperar sin hacer nada, y eso es lo que mejor se le da. Yo, sin embargo, tengo la cabeza hecha un lío, me va a explotar. Pero no envidio a Richard. Marie Kondo debería mencionarlo en su libro: lo más fácil de ordenar es un armario vacío.

—¿Podría hacerme una foto?

—Claro, faltaría más.

—Tan solo tiene que apretar aquí. Mil gracias.

Abrazo el maravilloso dragón del parque Güell y sonrío, aunque no me apetece. Alguien tendría que inventar en español ese término que en inglés utilizamos para mezclar la tristeza con el desencanto y el arrepentimiento: *sorrow*. No sé si en castellano existe esa palabra, quizás sí y yo no la conozco. *Sorrow*. Así me siento yo hoy.

—Haga varias, por favor.

Escojo la fotografía que más me gusta. Voy a subirla, pero me contengo, aplico antes un par de filtros bien ele-

gidos. Conozco el secreto sagrado de las redes sociales: la espontaneidad no es el azar. Solo las tontas caen en esa trampa. Exactamente igual que en la vida.

Creo que mi creciente éxito en Instagram radica en que consigo llegar al corazón de la chica americana normal. Normal en el maravilloso sentido normal de la palabra «normal». Yo les preparo el cóctel que añoran: una foto bonita en un rincón sofisticado de Barcelona, con Cameron, una chica elegante y sexy pero no despampanante, de esas que sabes que nunca intentarían robarte al novio; estilismos bien combinados, complementos con clase y, para rematar el cóctel, una frase llena de chispa que aborda tus preocupaciones. ¿El cambio climático? ¿El hambre en el mundo? ¿Putin? ¿La basura espacial? No, esas no son las verdaderas preocupaciones de una chica americana normal. Me refiero más bien a: ¿por qué en el espejo me veo superguapa y cuando me hago un selfi salgo horrible? ¿Por qué el esmalte de uñas no me dura igual en los pies que en las manos? ¿Por qué las braguitas de los bikinis que me sientan fenomenal tienen un top que me queda horrible, o a la inversa? ¿Por qué no puedo evitar estrenar el pintalabios que me acabo de comprar aunque tenga otros siete empezados? Sí, lo sé, no me van a declarar la intelectual del año, pero soy feliz vendiendo felicidad.

—¡Lily, qué alegría!

—¡Cam, no te lo vas a creer! ¡Eres la primera a la que llamo, quería contártelo enseguida!

Escucho a mi amiga mientras paseo calle Rabassa abajo, camino del centro de la ciudad.

—¡Me lo ha pedido! ¡Me lo ha pedido!

—¿Quién te ha pedido qué?

—¡Bob, Bob me ha pedido que me case con él!

Justo lo que yo necesitaba hoy: una amiga derretida de amor con un pedrusco recién puesto en el dedo.

—¡Fue tan romántico! ¡Aún se me eriza la piel al recordarlo, y eso que pasó ayer! Pero en cuanto me he despertado, tras pellizcarme para estar segura de que lo que brilla en mi dedo es real, he cogido el teléfono para llamarte. ¿Ahí qué son, las cinco de la tarde?

—Las seis.

—¡Deja que te cuente, deja que te cuente! ¡Vas a alucinar!

Está tan feliz que su voz chillona suena histérica. A pesar de eso me habla en castellano: cuando conoces a alguien en un idioma, ya siempre te dirigirás a él en esa lengua. Es una especie de impronta. Lily y yo nos miramos a los ojos en primero de carrera en clase de conversación en español, y las dos supimos que seríamos amigas de por vida.

—Bob me dijo que le apetecía mucho ir al parque acuático de Long Island, compró las entradas más caras del delfinario, ¡las más caras, en primera fila! A mí me extrañó, porque a él nunca le han gustado mucho los peces, pero bueno, yo no tenía nada mejor que hacer un sábado por la mañana. Y agárrate fuerte, Cam, ¡agárrate fuerte!

Le hago caso y agarro mi bolso de Prada con saña: ha conseguido intrigarme.

—En pleno espectáculo, un delfín de esos amaestrados salta fuera del agua y se arrastra hasta llegar a mi silla. ¡De entre las mil personas que estábamos allí, el animalito se arrastra hasta detenerse delante de mí! Y entonces levanta esa boca tan graciosa que tienen y la apoya en mis rodillas... ¡Me estaba entregando el anillo que llevaba en el hocico! ¡¿Puedes creértelo?! ¡Era para mí! ¡¿Te lo puedes creer, Cam, el delfín llevaba en el hocico mi anillo?!

Conozco a su novio Bob. Le diría a Lily que lo mejor que puede hacer es casarse con el delfín.

—¡¿No te parece superromántico, Cam?!

Pero en lugar de decirle lo que pienso me pongo a llorar. Lloro, sin saber por qué, hasta que lo averiguo: sí, aunque sea una absoluta horterada, yo también quiero que un delfín me regale un anillo.

—Cam, ¿qué te pasa?

—No, nada...

—Pero... ¿por qué lloras?

—Es de felicidad, Lily, lloro por ti, me alegro tanto...

Esta noche tengo que darle una respuesta a Richard, y aún no sé qué decirle. Pero acabo de descubrir que yo también quiero que un delfín me regale un anillo. La feminista que habita en mi interior se da de cabezazos contra la pared mientras balbucea: «Caca, culo, pedo, pis..., caca, culo, pedo, pis...». Pero me da igual: quiero mi anillo.

—¡La siguiente eres tú, Cam! ¡Estoy segura! ¡Richard y tú hacéis una pareja maravillosa!

A las europeas les cuesta entender lo importante que es para una chica americana el modo en que un hombre te pida matrimonio. Desde niñas nos meten en la cabeza que debe ser algo de un romanticismo épico. Si no, ese hombre no te quiere lo suficiente. ¿Cómo lo hará Richard? Es un chico criado en el Upper East Side, organizará algo sofisticado y elegante. Nada de delfinarios en Long Island. Pero sabiendo lo mucho que me quiere, será algo inolvidable. Estoy segura.

—En cuanto tenga las invitaciones listas, te las envío a tu dirección de Barcelona. ¡Richard y tú no podéis faltar a la boda!

—Por supuesto, Lily..., allí estaremos. —Si no detengo este apocalipsis de nostalgia voy a estallar; es nostalgia de la peor clase: por algo que aún no ha sucedido—. Ahora tengo que dejarte, un beso enorme, me alegro mucho por vosotros.

En cuanto cuelgo me desmorono. Sollozo y camino. Sollozo y camino. Siento una pena enorme. De repente quiero volver a mi país, hincharme a crema de cacahuate, casarme, tener niños, que Richard los lleve al béisbol y me cuide de por vida... La macedonia de tópicos al completo. Maldito delfín.

—Al parque de la Ciutadella, por favor.

—¿Está usted bien, señorita?

El taxi huele a limpio, su conductor a buena persona.

—Sí, sí, no es nada..., se me ha metido algo en el ojo. Lléveme al parque, por favor.

En toda la ciudad solo hay un ejemplar de roble norteamericano. He pasado horas junto a él, es mi rincón para pensar en Barcelona. Está entre la cascada y el estanque. Cuando llego, me siento en un banquito y, contemplándolo, intento tranquilizarme.

«Cameron, mantén la calma, dentro de dos horas hablarás con Richard y seguro que le das la respuesta adecuada...».

Poco a poco llega la serenidad, y con ella percibo el hambre. No he comido a mediodía por culpa de la ansiedad. Saco del bolso la ensalada de quinoa y wakame que preparé esta mañana antes de salir de casa. Me meto el tenedor en la boca, cierro los ojos y saboreo, intentando olvidarme del resto del mundo y de mi gran dilema.

—¿Sabías que comer directamente del táper provoca depresión?

Sobresaltada, me giro hacia el origen de la voz: desde el otro extremo del banco un morenazo me mira con unos ojos que parecen sacados de un anuncio de aceite de oliva.

—Vaya..., pues no, no lo sabía. ¿Tanta pena doy?

—Sí, un poquito.

Me sonrío como jamás me han sonreído en la vida. De repente tomo consciencia de que, por culpa de tanto llo-

rar, tengo la cara hinchada y el rímel corrido: soy un oso panda atiborrándome de matojos junto a un príncipe azul que estornuda purpurina.

Quiero morir.

Mientras, la feminista que habita en mi interior sigue dándose cabezazos contra la pared.

—Yo soy David, ¿cómo te llamas tú?

—Cameron. Me llamo Cameron.

Y sin saber por qué, siento que acabo de encontrar el pendiente que había perdido y llevaba tanto tiempo buscando.